

## México-Estados Unidos. La soberanía mexicana cada vez más comprometida\*

Fernando Carmona de la Peña ●

*“El capitalismo yanqui tiene en cuenta estos dos factores: socialismo y unionismo; los suma al problema negro, a la liquidación con el Japón, a los fermentos emancipadores de Filipinas, al descontento de la América Española, al crecimiento de la idea civilizadora que rechaza las guerras de conquista [...] y sabiamente trata de prolongar la paz existente que le permita usar a México como de un almacén de esclavos baratos y de un depósito inagotable de recursos materiales”.*

PRÁXEDIS GUERRERO (1908)<sup>1</sup>

La historia del México que nació con la independencia arrancada al imperio español está marcada por sus relaciones, no pocas veces conflictivas, con su poderoso vecino, con el cual ha coexistido y convivirá por siglos. En esta historia nos ha acompañado siempre un fantasma, “el fantasma de Estados Unidos”, escribió alguna vez el maestro Jesús Silva Herzog. Tras de los intentos filibusteros de las

\* Disertación recepcional a la sesión de la Academia Mexicana de Economía Política, septiembre 1989.

● Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. Ex-Director del IIEc (1968-1974) y fundador de la Revista *Problemas del Desarrollo*.

<sup>1</sup> Práxedis Guerrero: “El argumento de Filogonio”. Tomado de *Regeneración*. Prólogo, selección y notas de Armando Bartra. Edición y distribución de Libros Hadise. México, 1972, p. 255.

primeras décadas de nuestra República y sobre todo de la pérdida de Texas y de la invasión de 1847-1848 que nos arrebató otra inmensa porción del territorio nacional a manos de ese país, los liberales mexicanos del XIX acuñaron la conocida frase aquella: ¡Pobre de México, tan lejos de Dios...! Y asimismo supusieron que entre los dos países hay una barrera que creían infranqueable: "Entre Estados Unidos y México, el desierto"; quizás ninguno pensó que con el tiempo esa misma zona fronteriza se convertiría en la base misma de lo que algunos estadounidenses llaman el *Tex-Mex* o la *Mex- "América"*, en la que la creciente y hasta hoy más o menos "silenciosa" absorción de la economía mexicana por la norteamericana salta a la vista.

Aquellos liberales de la Reforma aceptaban o acaso se resignaban ante lo irremediable: la contracción del espacio mexicano; pero puede decirse que al mismo tiempo prohicieron concepciones y pusieron en práctica las políticas del *laissez faire, laissez passer* que el dictador Porfirio Díaz años más tarde hizo puntualmente suyas, abriendo el camino a un capitalismo al que desde un principio se incorporó el capital extranjero —con más y más prominencia el norteamericano— que en unos años llegó a ser dominante en los sectores estratégicos de nuestra economía. Nuestra sociedad cayó en el pantano del subdesarrollo, del atraso relativo y la dependencia ante ese capital, que una vez agotado el *interregno* de tres décadas en el cual la Revolución Mexicana y el *nacionalismo revolucionario* fueron una realidad más o menos vigente, particularmente en los años de la presente década de crisis económica y política ya innegable y de *neoliberalismo*, se expresa con las modalidades impuestas por los gigantescos cambios ocurridos, pero con consecuencias no menos graves para nuestro pueblo y nación, que cada vez más merman nuestra soberanía nacional y se proyectan ominosamente sobre el porvenir de nuestra patria.

### Estados Unidos: más que un fantasma para México

El joven revolucionario magonista y antiporfiriano autor de las palabras del epígrafe, quien en 1910 perdiera la vida en las primeras escaramuzas de la Revolución Mexicana, sintetizaba con sagacidad en ellas un aspecto fundamental de la estrategia de Estados Unidos, nuestro poderoso vecino que ya desde entonces era una pujante potencia industrial, financiera y comercial impulsada cada vez más por expansivos monopolios y plenamente imperialista, que por aque-

llos años se había posesionado por la fuerza de: Cuba, Puerto Rico y Panamá lo mismo que de las Filipinas, Hawai y otras islas del Pacífico; había convertido en semicolonias a México y numerosos países del Caribe y Centroamérica, las regiones que según el expresidente Reagan hoy constituyen la "tercera" y "cuarta" fronteras norteamericanas; disputaba mercados a las otras potencias imperiales y extendía rápidamente sus inversiones directas e indirectas en el exterior. Práxedes Guerrero vio con claridad que en la estrategia norteamericana hacia nuestra nación que en ese tiempo, como ahora, se encaminaba a procurar el desenvolvimiento capitalista dependiente mexicano en los cauces del "Orden y Progreso" porfirista, intervienen tanto factores económicos, políticos y sociales internos de ese propio país, como internacionales.

Según el conocido y viejo estudio de la economista Cleona Lewis, México era en esos años en que culminaba el porfiriato, el recipiendario de cerca de la mitad de las inversiones extranjeras directas estadounidenses, muy por encima de las afincadas en Canadá, el otro inmediato vecino de la gran potencia mundial, en el que al presente las empresas transnacionales de la misma registran inversiones muy superiores a las acumuladas en el conjunto de Latinoamérica, incluso mayores que en el llamado "Tercer Mundo", y que se ha integrado ya al Mercado Común Norteamericano convocado por Estados Unidos, del cual el Estado mexicano todavía permanece oficialmente al margen.

En 1910 el capital norteamericano poseía y ejercía su dominio sobre gran parte de la minería, el petróleo, la agricultura, los ferrocarriles y las finanzas de nuestra nación, y aunque el grueso del comercio exterior mexicano por aquellos años —como fue el caso hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial— se efectuaba con Europa, en esa etapa se había configurado ya una situación que el propio Práxedes Guerrero, ahora, tras de cuatro décadas del *neoporfirismo* que denunciara don Jesús Silva Herzog casi desde el principio de esta etapa contemporánea en los años cuarenta, desnudaba con palabras de resonante actualidad:

"Durante la violenta paz porfiriana han caído en la amenazadora corriente del capitalismo yanqui, los grandes y pequeños intereses de México", por lo cual "la paz de nuestro país, tal y como es hoy día, constituye el medio más favorable para su completa absorción en la ambiciosa corriente del imperialismo del Norte, que trabaja por conseguirla ...".<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 253-254.

### Mayor interdependencia entre desiguales

Dicho lo anterior y dentro de los angostos límites de la presente disertación que someto a la Academia de Economía Política, trataré de desarrollar la tesis de que por la desigual relación económica mexicano-estadounidense, nuestro país es cada vez más dependiente, dependencia que como lo ha demostrado en distintos trabajos el colega académico Alonso Aguilar Monteverde,<sup>3</sup> es propiamente *estructural*, un rasgo congénito del capitalismo del subdesarrollo. Parto de la certidumbre convalidada por la historia mexicana y latinoamericana de que con el propio crecimiento de las fuerzas productivas, cuando permanecen esencialmente las mismas condiciones históricas, dicha dependencia se profundiza, reproduce y amplía hasta comprender prácticamente la totalidad de la economía y la sociedad, en lo fundamental por una causa: el papel *dominante y determinante* que cumple en el proceso de acumulación el capital trasnacional, en nuestro caso de modo abrumador y desde hace casi un siglo, el de Estados Unidos.

Dicho capital internacional se apoya en el Estado de origen y ha sido aceptado con complacencia por el mexicano, como se vio aún antes del porfiriato, sobre todo en éste y de nuevo, después de que la Revolución Mexicana culminara en los años del gobierno de Lázaro Cárdenas, en particular desde la administración sexenal de Miguel de la Madrid. Es decir, ese capital monopolista o en trance de monopolización, ha contado en estos periodos que cubren la mayor parte de la historia secular del capitalismo mexicano, con la decisiva mediación de las fracciones más influyentes de la clase dominante nacional, las cuales nacieron dependientes y lo son, progresivamente más ahora, tanto económica como ideológica y aun culturalmente, del capital monopolista trasnacional.

El precio que México paga por su siempre mayor, profundizada, asfixiante dependencia estructural desde los años cuarenta y con fuerza avasalladora especialmente desde los ochenta, es incalculable. No sólo es su también secular condición de exportador neto de capital, por el pago de intereses, dividendos y regalías al capital bancario, industrial y comercial extranjero invertido directa e indirectamente, el intercambio desigual en el comercio exterior, las fugas

<sup>3</sup> Me limito a mencionar los dos principales libros con los que Aguilar Monteverde abrió nuevos cauces a la investigación del subdesarrollo: *Teoría y Política del Subdesarrollo*. UNAM, México 1967, y *Dialéctica de la economía mexicana*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1968.

de capitales y los múltiples mecanismos visibles u ocultos de la dominación trasnacional, condición llevada al extremo desde diciembre de 1982. Es sobre todo la pérdida creciente de soberanía e independencia económica, política, científico-técnica y cultural de la nación, y la merma cada vez mayor de la soberanía de nuestro pueblo; es el despilfarro de recursos productivos y humanos, la dolorosa pérdida de millones de sencillos trabajadores que huyen al país vecino, muchos de ellos para siempre; las deformaciones estructurales, la inflación y la especulación, el agravamiento de la desigualdad social, el hundimiento en el marasmo del subdesarrollo y la ominosa perspectiva de la que sólo con un esfuerzo supremo, más grande incluso que el desplegado por los mexicanos en las etapas cruciales de nuestra historia, será posible empezar a librar a las próximas generaciones, a partir del momento y siempre y cuando las mayorías conquisten y logren consolidar el poder político.

Casi huelga hacer la advertencia sin embargo, de que no “descubriré la pólvora” y que el desarrollo de estas tesis en el presente trabajo es inevitablemente esquemático, incompleto y para mí del todo insatisfactorio. En el pasado, a lo largo de varias décadas he tenido la oportunidad de publicar diversos estudios y ensayos en los cuales se analizan, en forma más concreta, no pocos aspectos de la compleja relación de México con el coloso del Norte de que hablaron los revolucionarios mexicanos de 1910, estudiada por centenares de autores de ambos países, sobre la cual no hay casi uno sólo de nuestros compatriotas, desde las posiciones fatalistas del entreguismo o por convicción nacionalista y patriótica, que no tenga que reflexionar.

Ya lo dijo en 1963 el entonces presidente Adolfo López Mateos, en una entrevista de prensa antes o después de uno de los viajes de nuestros mandatarios a Washington ya inveterados desde los años del gobierno de Alemán: “El problema principal de México es Estados Unidos”. En su resolución se debate el destino de México como nación. Lo que procuro en estas páginas, sin estar seguro de lograrlo y sin pretensiones de ser dueño de la verdad, pero más allá de la inmediata coyuntura, es esclarecer los que considero aspectos fundamentales de dicha relación a la luz de la prolongada crisis actual y la política económica vigente y la perspectiva histórica frente a la que aquellas nos sitúan, con el propósito de hacer una modesta contribución a la definición de una alternativa históricamente viable.

Claro está que entre el porfiriato y los años que corren se interponen profundísimos cambios en el planeta entero y desde luego, tanto

en Estados Unidos como en México. En un marco de internacionalización creciente de todas las relaciones sociales y mayor interdependencia de todas las sociedades, impelido por el gigantesco aunque anárquico y desigual crecimiento de las fuerzas productivas. Baste mencionar que en este prolongado periodo ha habido las dos guerras mundiales de las que Estados Unidos surgió como la principal potencia imperialista del orbe. Y se produjo el advenimiento de un sistema de países socialistas, por sí mismo un hecho histórico de la mayor trascendencia en la perspectiva de la humanidad y que da contenido a la categoría de "crisis general del capitalismo"; el tránsito del sistema de empresa privada, monopólico ya desde las últimas décadas del siglo pasado, a una etapa histórica del capitalismo monopolista de Estado —hoy con pretensiones de "neoliberal"—; el surgimiento del fascismo, fenómeno en nada ajeno al antes mencionado, como tampoco es ajeno el de las décadas de "guerra fría"; una decena de crisis económicas cíclicas; la tercera revolución científica y tecnológica aún en acelerado curso y la prolongada crisis capitalista actual sin que se pueda omitir la aparición en estos casi 80 años de numerosísimos organismos, tratados, pactos y leyes internacionales y de nuevas modalidades en el trasiego económico-técnico, político e ideológico mundial.

Estos y otros fenómenos de alcance universal han incidido, aunque con distinta intensidad por su diferente peso en los asuntos mundiales, sobre nuestras dos naciones y por lo tanto han condicionado el desenvolvimiento de sus ahora más complejas relaciones en los planos bilateral y multilateral, oficiales y privados, y tanto en la instancia económica como en la política, la propiamente diplomática, militar, cultural e ideológica (incluso en la teórica). Pero en un proceso que es preciso subrayarlo, nunca es lineal y mecánico sino dialéctico, también inciden en esas relaciones los concretos cambios socioeconómicos y políticos de cada uno de nuestros dos países, vinculados a los de mayor amplitud antes enunciados, por virtud de las recomposiciones y rearticulaciones en sus respectivas economías por cuanto al ritmo de acumulación de capital y de producción, el impacto de las crisis, la distribución geográfica de sus actividades dentro del territorio nacional, la composición de su población, la estructura de clases y la organización y el alcance de la acción del Estado, las contradicciones y luchas sociales, la evolución del sistema político y la sucesión de gobiernos y sus correspondientes estrategias y políticas económicas, etcétera.

Desde el ángulo de nuestra nación únicamente lo reitero y enfatizo aquí, que durante tres décadas, de 1910 a 1940, la Revolución Mexicana alteró y aun interrumpió en algunos aspectos importantes (propiedad extranjera de tierras agrícolas y ganaderas, inmuebles urbanos, banca y seguros, ferrocarriles, empresas petroleras, telégrafos y otras actividades), las principales tendencias que en apariencia se habían consolidado o empezaban a despuntar durante el porfiriato.

Sin duda, como particularmente en los últimos años se insiste en esferas oficiales, empresariales y académicas, México y Estados Unidos son en la actualidad más *interdependientes* que a principios de siglo. En más de cien años el contradictorio complejo de relaciones y en primer término el de las de carácter netamente económico entre ambas naciones vecinas, se volvió más denso y complicado. Más a duras penas bajo normas mínimamente justas y lógicas de complementación, cooperación y mutuo apoyo, pues se trata de las relaciones determinadas por la racionalidad capitalista, esto es, desiguales e inequitativas, favorables siempre al más fuerte, y propias no del Nuevo Orden reclamado por el "Tercer Mundo" y apoyado en la ONU por una amplísima mayoría de Estados, sino del vetusto, del Viejo Orden Económico Internacional, en las que una de las partes en esa relación incrementa en forma incesante su dominación *estructural* a través de su poder monetario sus inversiones directas e indirectas, su comercio, su tecnología y su poder político —en especial desde los años de la Segunda Guerra Mundial—, la estadounidense, mientras que la otra, la mexicana, ve crecer continuamente su dependencia asimismo estructural y su carácter tributario respecto a su principal "socio económico".

### México, "dependencia" irrenunciable de Estados Unidos

Es un lugar común decir que Estados Unidos, el descomunal y más importante centro del capital monopolista de Estado transnacional y del poder militar y político de la época contemporánea, y por ello todavía la potencia imperialista hegemónica del capitalismo mundial, es un país que en el presente siglo se ha vuelto aún más desarrollado, opulento, "postindustrial" se dice ahora. Desde luego, para alcanzar esta situación histórica los beneficios de su relación económica con México han ocupado un lugar secundario para la gran potencia. Un lugar modesto pero significativo y en ciertos aspectos verdadera-

mente estratégico, en términos del abasto seguro y a la mano de materias primas –minerales, hidrocarburos, productos agropecuarios, bienes intermedios e incluso de consumo– y de fuerza de trabajo barata, de mercado exterior para su producción de bienes y servicios, de desplazamiento fuera de su territorio del *dirty work* mediante el “redespliegue industrial”, de campo de experimentación para diversos mecanismos y procesos, y de complementación, ésta sí y a bajo costo, de su *propio* aparato productivo, comercial y financiero.

Mucho se habla en estos días de que el interés norteamericano en México es exclusiva o fundamentalmente político y estratégico, lo cual nos obliga a dilucidar algunas cuestiones. Desde el ángulo económico-cuantitativo, y sin olvidar que no únicamente el nuestro sino en verdad casi todos los países de Latinoamérica, el Caribe y el “Tercer Mundo” viven sometidos al neocolonialismo –unos pocos todavía, como Puerto Rico, al colonialismo– y son también tributarios estructuralmente dependientes, en mayor o menor medida, de la economía estadounidense, debemos reparar en que el nuestro es el país en todo el “Tercer Mundo” en el cual los intereses económicos norteamericanos, una y otra vez declarados por los más influyentes personeros oficiales y privados de esta potencia como “intereses vitales”, y por ende sujetos de la doctrina de “seguridad nacional de Estados Unidos”, alcanzan los montos mayores, y que sus inversiones directas que abarcan desde maquiladoras hasta grandes plantas industriales y empresas de servicios, amén de créditos, exportaciones, importaciones de productos mexicanos y reimportaciones maquiladas en aquellas plantas, *know-how* y licencias de fabricación, ingresos por servicios financieros, de transporte, turísticos, comerciales, publicitarios y otros son, además, crecientes.

Aunque en apariencia México representa en los últimos años poco en la economía internacional de Estados Unidos, seguramente menos que en 1908 o 1910 en algunos indicadores, conviene ver más de cerca lo que ocurre. Conforme a datos publicados por el Fondo Monetario Internacional (FMI),<sup>4</sup> del 3 al 4 por ciento de sus importaciones y exportaciones (así sea nuestro país el “cuarto socio comercial” de esa potencia). De acuerdo con estadísticas norteamericanas,<sup>5</sup> quizás del 4.5 al 5 por ciento de su Inversión Extranjera Directa (IED) acumulada

<sup>4</sup> *International Financial Statistics*. Washington, varios números.

<sup>5</sup> *Statistical Abstract of the United States of America* (Oficina de Censos), *Survey of Current Business* (Departamento de Comercio) y otras. En este párrafo se ha intentado estimar los porcentajes de 1985-1988.

en el mundo, aunque por supuesto una proporción más alta, acaso alrededor de un 25 por ciento o más del total correspondiente a Latinoamérica (sin contar las inversiones en servicios financieros concentrados en los “paraísos fiscales” como las Bahamas, las Islas Caimán y con un destino inmediato incierto, en Panamá), en la industria, el comercio y diversos servicios no financieros; alrededor del 28 por ciento en el crédito otorgado por la banca trasnacional privada al conjunto de países subdesarrollados.<sup>6</sup> También son pequeños los porcentajes, si bien mayores que los del comercio y la IED, en sus ingresos por turismo y otras actividades. Hay que mencionar que las fugas de capital mexicano, en una gran parte exportado a Estados Unidos, según cálculos de fuentes bancarias norteamericanas y del Banco Mundial, alcanzan 55 mil y más millones de dólares (el doble que lo prestado a México por la banca estadounidense). Añadamos que una porción mucho más relevante, tal vez el 75 por ciento y en algunos años más, en lo que se refiere al trabajo migratorio de “indocumentados” que, por encima de convenios como el de braceros suscrito por los gobiernos de México y Norteamérica durante la Segunda Guerra y vigente hasta 1964, y de leyes norteamericanas como la más reciente Simpson-Rodino, venden a precio vil su fuerza de trabajo en el país vecino y cumplen una parte, a mi juicio no tan marginal, en la reproducción de las condiciones históricas del desarrollo capitalista de Estados Unidos.

Desde el punto de vista económico, pues, para Estados Unidos nuestra nación representa y constituye una dependencia (“dependencia” en el sentido de entidad subordinada a una autoridad superior) más, mucho más redituable que incluso no pocos países europeos desarrollados como Holanda, Suiza, Bélgica, España o Noruega que son también independientes mas no dependientes con el carácter del nuestro, con los cuales el total de la inversión directa e indirecta y del volumen de las transacciones no alcanza la magnitud de las efectuadas con México y puede decirse que el intercambio comercial es más o menos equivalente, aparte de que en éstos los dueños nacionales de monopolios suelen ser básicamente autónomos o *pares*, socios mayores –*senior*– de los trasnacionales norteamericanos, y no empresarios sin autonomía y socios subordinados, menores, *junior*

<sup>6</sup> El dato es de 1987, según el Board of Governors of the Federal Reserve System (*Country exposure lending survey* varios números). Tomado de C. Fred Bergsten, *America in the world economy. A strategy for the 90's*. Institute for International Economics. Washington 1988, tabla 7.1 pp. 160-161.

*partners* de éstos, como los de la oligarquía monopolista mexicana, latinoamericana o de cualquier país tercermundista.

Por otra parte, debemos subrayar que en verdad todos los porcentajes antes señalados encierran tasas de ganancia en general bastante superiores a las obtenidas en Norteamérica, que benefician a los dueños, a los altos directivos e incluso, en alguna medida, a ciertas capas de trabajadores de muy concretas empresas trasnacionales de ese país, de las cuales la mayoría de las más grandes y poderosas, aunque naturalmente con distintas proporciones en el capital social –hasta el 100 por ciento–, están incrustadas en México con o sin socios mexicanos, muchas desde hace varias décadas, sobre todo a partir del gobierno de Miguel Alemán, años después *Mister Amigo* para el empresariado estadounidense. Y habría que recordar que el capital norteamericano se beneficia adicionalmente con la relación de intercambio de suyo desfavorable a nuestro país, lo cual se ha vuelto aún más negativa en estos años ochenta.

Quizás sea suficiente lo anterior para fundamentar el argumento de que, aparte del indudable y cada vez mayor interés estratégico y político para Estados Unidos, también desde un punto de vista económico un México cada vez más subordinado a su propia economía y fuente de significativas ganancias para las trasnacionales, además de ser la más inmediata frontera con Latinoamérica y el “Tercer Mundo” y escaparate de “buenas relaciones” ante los países subdesarrollados, es un objeto permanente, preferencial e irrenunciable y de un “trato especial” en la estrategia económica global estadounidense.

Señalemos por último que la crisis capitalista actual, de la que la deuda externa es un rasgo destacado, permite al socio “interdependiente” dominante en la relación binacional, imponer el condicionamiento a “cambios estructurales” privatizadores, antisindicales y antipopulares, reductores del intervencionismo, del gasto y las inversiones “programables” del Estado, y de apertura al comercio y la inversión trasnacional, para aceptar el aplazamiento de las amortizaciones del principal y otorgar otras concesiones secundarias y nuevos préstamos (a menudo para capitalizar intereses), “frescos” o no, según las reglas de los “planes” de Baker o de Brady, los *Citicorp*, los *Chase Manhattan* unidos en “sindicatos de acreedores” o del FMI, o lisa y llanamente de las grandes corporaciones conglomeradas trasnacionales (quizás sería más propio llamarlas “globalizadoras”), lanzadas hoy con toda su fuerza a cumplir su vocación y “destino manifiesto” de “tumbafronteras”.

### Para México más subdesarrollo, más dependencia estructural

Otros son el peso, las implicaciones y las consecuencias para nuestro país de las relaciones económicas con el vecino. Hace dos decenios, en el apogeo del llamado “desarrollo estabilizador” de nuestro país, su principal arquitecto, Antonio Ortiz Mena (quien por más de 11 años ocupara el timón de la entonces todopoderosa Secretaría de Hacienda y Crédito Público, y más tarde, en un estilo asimismo evocador de Limantour, su homólogo en el porfirato, fue director durante más de tres lustros del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) en Washington y en el gobierno del licenciado Carlos Salinas de Gortari encabeza uno de los más importantes bancos estatizados en septiembre de 1982), 13 años antes de que estallara la todavía presente “crisis de la deuda externa” y cuando apenas se iniciaba la crisis actual del capitalismo internacional y del mexicano, señaló lo que sigue:

“En el aspecto económico internacional la vinculación de nuestro país con Estados Unidos es preponderante. Más del 60 por ciento de nuestro intercambio comercial se efectúa con dicho país. El turismo y las transacciones fronterizas ... son casi en su totalidad de origen estadounidense, al igual que la inversión extranjera privada directa ...”.

“Se ha establecido una estrecha relación financiera y crediticia... La vinculación con el dólar estadounidense –principal moneda de reserva en el mundo– ha condicionado la necesidad de mantener en todo momento la libre convertibilidad del peso ...”.

“La transmisión de la tecnología y de la organización empresarial se ha facilitado vía la inversión extranjera directa y las oportunidades a estudiantes y profesionales mexicanos para adquirir capacitación en Estados Unidos”.<sup>7</sup>

Han transcurrido 20 años desde entonces, que son al mismo tiempo los de la compleja crisis actual del capitalismo internacional y nacional que se expresa de múltiples, inéditas formas en torno a un hecho central como lo es la quiebra de los mecanismos reguladores y de reproducción del sistema del capital que giran en torno a la inexplicable vinculación de los monopolios trasnacionales y el Estado

<sup>7</sup> Antonio Ortiz Mena, *Desarrollo estabilizador, una década de estrategia económica en México*. Documento presentado en la reunión anual del FMI y el BM celebrada en Washington, en septiembre de 1969. Tomado del suplemento núm. 30 del periódico *El Día*, México, 3 de agosto de 1970, p. 7.

—crisis que desde luego no podré examinar aquí—, la cual ha llevado al capital monopolista a dar un fenomenal impulso al proceso de transnacionalización y a empujar hacia el “neoliberalismo”. Son también veinte años de una aún más acelerada y menos silenciosa integración de la economía mexicana al capital transnacional, sobre todo estadounidense.

Naturalmente con la crisis monetaria, la propia mayor internacionalización —o sea la mayor “internalización” del imperialismo— y el desenvolvimiento económico nacional, han variado las proporciones que Ortiz Mena tomó en cuenta. Aun sin considerar las múltiples implicaciones para la soberanía económica de la incondicional sujeción del peso al dólar, piénsese tan solo en que las dos décadas 1968-1988 las exportaciones de nuestro país a Estados Unidos se incrementaron, según datos oficiales mexicanos, más de 20 veces, hasta alcanzar en 1988 alrededor de 14 mil millones de dólares y casi el 66 por ciento del total (en algunos años llegó incluso al 70 por ciento); que la inversión extranjera directa norteamericana en México, sin incluir las transnacionales registradas en otras naciones como Canadá o Europa occidental que pudieran ser dominadas por capitales norteamericanos, ha aumentado unas 8 veces, para llegar posiblemente a unos 15 mil millones de dólares (aunque su proporción en el total ahora “sólo” sea de un 65 por ciento y no de un 70 por ciento); y que sin considerar los préstamos del BM, el BID, el FMI y otros organismos internacionales bajo el control de Washington, la deuda externa contratada con la banca privada estadounidense es de unos 23 mil millones de dólares y aumentó decenas de veces.

Añádase que el número de turistas que viajan al interior del país y de visitantes estadounidenses a nuestra zona fronteriza subió enormemente a más de 100 millones de “cruces” de la frontera, y el de mexicanos que atraviesan dicha frontera legal e ilegalmente para vender su fuerza de trabajo o para comprar bienes y servicios “del otro lado” subió todavía más —a 150 millones y más de “cruces”—, como asimismo los depósitos bancarios y las inversiones en valores y títulos y otros rubros de las empresas y mexicanos ricos en Estados Unidos, seguramente la mayor parte del capital “fugado”, digamos 40 mil millones de dólares o más, que contribuyen así al fortalecimiento financiero de la metrópoli, acaso con 8 o 10 por ciento o más de la actual deuda externa norteamericana, y que la difusión de tecnología “trasmitida” por las transnacionales de la potencia vecina y la “capacitación” de empresarios, administradores, pro-

fesionales y trabajadores mexicanos en el territorio de ésta, se han multiplicado.

Considérese por último, con particular atención por sus implicaciones económicas, sociales y políticas, que hoy incluso la producción y tráfico de enervantes en México es una criminal y justamente penalizada “industria sin chimeneas”, integrada a plenitud al consumo de importación y tanto en la economía “subterránea” como la “superficial” de Estados Unidos.

En verdad, con la mayor interdependencia, con esa creciente integración subordinada de México, la relación con Estados Unidos es ciertamente “preponderante”, mas con un significado antitético para nuestro país: la preponderancia para Estados Unidos realmente es *prepotencia* y para nosotros mayor dependencia estructural; la relación bilateral de nuestros dos países tiene cada vez más el carácter de una unidad contradictoria entre el poderoso que impone sus condiciones en forma prácticamente *unilateral* al débil, quien voluntaria u obligadamente las acepta: como el patrón a los trabajadores, tanto más si éstos, en el marco de la profunda crisis, están temerosos de perder su empleo y en vez de organizarse y luchar por modificar radicalmente las injustas condiciones, permanecen aislados de los demás explotados, sin poder aumentar su capacidad de resistencia y respuesta. Siguiendo este símil se puede concluir que la burguesía y en particular la oligarquía monopolista y el Estado de nuestro país, hace largo tiempo que prefirieron acomodarse, con creciente resignación o entusiasmo, a su condición de dependientes y socios menores y dejar en planos declarativos la formación de un frente común de deudores, para acoger en cambio el bilateralismo.

Tienen razón a mi juicio quienes muestran preocupación y no alborozo por la acelerada “maquilización” de México en estos años de crisis, proceso con antecedentes más o menos lejanos pero que empezó a impulsarse con particular empeño desde los tiempos del “desarrollo estabilizador”, con el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, y que ha florecido a partir de 1983.

Vale la pena detenerse en la consideración de este proliferante sector económico, que desde hace siete años se apoya en el rápido abaratamiento de los salarios reales de los trabajadores mexicanos, la apertura de la economía, el deliberado aliento a la exportación no petrolera favorecida con la subvaluación del peso por el llamado “realismo cambiario”, que ha convertido en humo —o en *smog*— a

nuestra moneda y con esos bajos salarios —en particular en dólares—, el notorio debilitamiento del sindicalismo subordinado al Estado y los patrones y otras concesiones al capital trasnacionalizador mexicano y extranjero, que son pilares de las políticas fondomonetaristas vigentes con un doble y fundamental objetivo: que se paguen los intereses de la deuda externa e impulsar los cambios, ciertamente estructurales, pero a expensas de las mayorías y de la nación, que el capital monopolista trasnacional y nacional exigen.

La contracción del mercado nacional y el empobrecimiento del pueblo mexicano no afectan, sino benefician con menores costos a los exportadores y reexportadores extranjeros. No es casual que el número de plantas maquiladoras aumentara de 585 en 1982 a 1 480 en 1988 y que el de trabajadores en ellas, en años críticos de cierre de plantas y mayor desempleo en el país, subiera en ese sexenio de 127 mil a 398 mil, o sea a un total mucho mayor que el de viejas y arraigadas ramas de la economía nacional. Lo más significativo es que estas volátiles plantas son en su mayoría extranjeras, por supuesto las más importantes trasnacionales norteamericanas, aunque, como una revelación de la creciente trasnacionalización de México y de las motivaciones integradoras para nuestro país al Mercomún Norteamericano y a los planes en torno a la Cuenca del Pacífico, también de empresas japonesas y, ahora, incluso algunas sudcoreanas, plantas que en un 90 por ciento están situadas en nuestra Frontera Norte, insertas en la electrónica, la producción de autopartes y otras ramas de mayor interés para el capital extranjero.

Además considérese que en los últimos años de “cambios estructurales”, “reconversión industrial” y “modernización”, las maquiladoras pagan salarios más bajos que en 1980-1981 prácticamente sin ninguna o sólo una muy débil resistencia sindical, salarios que no sólo son 7 u 8 veces menores que los cubiertos a los obreros homólogos norteamericanos, apenas del otro lado de la frontera, sino incluso menores ya que en Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong o Singapur, los más importantes centros maquiladores. Y que en conjunto usan del 75 al 77 por ciento de insumos importados y únicamente aportan un valor agregado en México del restante 23 a 25 por ciento (básicamente salarios y prestaciones).

Como concluye sobre este tema la acuciosa investigadora Angelina Gutiérrez, en un amplio estudio sobre las consecuencias de la trasnacionalización para los trabajadores mexicanos:

“En tales condiciones, lejos de que la IED resulte complementaria y sea un factor de integración del proceso productivo, acentúa su ya de por sí profunda desarticulación y obsolescencia interna y da lugar a nuevas formas de dependencia”.<sup>8</sup>

Añado que, en su sentido más amplio, lo anterior vale también para una parte de la desarticulada industria mexicana, cada vez más subordinada tecnológica, financiera y comercialmente a los monopolios norteamericanos y de otras procedencias, que es una especie de maquiladora sin las ventajas de ésta.

De hecho, hay otro problema que es indispensable tomar en cuenta: la cada vez mayor subordinación tecnológica de nuestro país respecto a dichos monopolios, por sí mismo de serias implicaciones en el contexto de la llamada revolución científico-técnica de nuestros días, y de cuyas consecuencias no escapa ningún país —capitalista o socialista— y menos todavía los subdesarrollados y estructuralmente dependientes, sometidos éstos cada vez más a la competencia de las metrópolis aun en su propia especialización de productores de alimentos y algunas materias primas, a los condicionamientos del “redespliegue” y la “reconversión” industriales, a la reinserción en el mercado internacional y al proceso de acumulación de capital y al de trabajo dictados desde fuera, por consorcios conglomerados de muy elevada especialización y a la vez gran flexibilidad, dueños de las tecnologías que más les favorecen y de la informática que potencia sus decisiones.

En verdad para el capital trasnacional cada uno de nuestros países representa un simple peón —o alfil— en su tablero de mando, en el cual los intereses y requerimientos tecnológicos nacionales no tienen ningún valor. Y es patente que la más profunda dependencia tecnológica de México es sobre todo respecto a las trasnacionales norteamericanas, y que ella se extiende lo mismo a las empresas estatales que todavía quedan, que a actividades y ramas en que la inversión directa estadounidense no tiene una principal significación (agricultura, ganadería, pesca, silvicultura, industrias “tradicionales”, comercio interior, administración pública y de empresas privadas pequeñas y medianas de todo tipo).

Los planes “de estabilización” o “de ajuste”, los PIRE, los PAC, los *planes de choque* “a la mexicana” como los de Solidaridad Económica y

<sup>8</sup> Angelina Gutiérrez, *La trasnacionalización del capital y del trabajo en México*. Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1989. Inédito, pp. 175-185.

errores o razones politiqueras a muchas empresas públicas, sexenio tras sexenio, y del enquistado burocratismo y corrupción en éstas y en la aplicación administrativa por las oficinas gubernamentales de leyes y reglamentos, condiciones que a la postre favorecen a la burguesía y a las que ésta supo avenirse, alentar y sacar ventaja.

De haber un genuino compromiso de promover el bienestar de las mayorías y defender a la nación, todo esto tendría que suprimirse de raíz con una genuina modernización, democratización y moralización de todos los aparatos del Estado mexicano, aparte, por supuesto, de no cargarlos con empresas que no fueran indispensables, permanente o transitoriamente. Pero ni aquéllos ni los anteriores gobiernos postrevolucionarios tuvieron estos propósitos y desde diciembre de 1982 estas barreras defensivas fueron rápidamente desmanteladas, desarticuladas, en cientos de casos cedidas a empresarios privados nacionales y extranjeros, todos o casi todos monopolistas o al servicio de ellos, so pretexto de asegurar eficiencia:

“La respuesta que hemos dado en los hechos, —dijo ante un grupo empresarial el presidente Carlos Salinas— los particulares promoverán esas actividades que son rentables y el Estado responderá de manera más acelerada a las sentidas demandas de los mexicanos”.<sup>10</sup>

Tomemos nota de que en los últimos siete años se avanzó tanto en este proceso, que en el comunicado oficial de la Séptima Reunión de la Comisión Binacional mexicano-estadounidense efectuada el pasado agosto, con la presencia en la ciudad de México de los secretarios de Estado Baker y del Tesoro Brady y de otros altos funcionarios del actual gobierno norteamericano de George Bush, se decidió destacar “el proceso sustancial del cambio estructural de la economía mexicana”, “los avances en la apertura y desregulación” de la misma, y “el decidido apoyo estadounidense a los esfuerzos de México por alcanzar esos objetivos”.<sup>11</sup>

¿Cómo dudar de tan buena disposición de apoyo de nuestro vecino! Los “avances” logrados en el “cambio estructural” han permitido al capital financiero transnacional norteamericano agrandar enormemente su dominación sobre México, por obra y gracia de su poder acumulado de acreedor, de vendedor de bienes de capital e interme-

dios, tecnología y servicios de los que depende en gran medida la economía mexicana dependiente, de comprador de mercancías y de fuerza de trabajo “sobrante” e inversionista. En cada nueva renegociación de la deuda externa, siempre con Washington y Nueva York como centro, como la última que se nos ha presentado como un “triumfo de México”, la oligarquía financiera norteamericana mantiene todas sus ventajas inmediatas y sobre todo las mediatas aún más importantes, ante un deudor debilitado, sin voluntad real de romper el “bilateralismo unilateral” —podría decirse—, aislado y urgido de nuevos financiamientos “frescos” para llevar adelante los objetivos de una política económica “neoliberal”, que —ya lo dijimos— son precisamente los que más benefician al capital imperialista.

En el sexenio entre 1982 y 1988 el capital monopolista de Estados Unidos aprovechó plenamente la postración mexicana. En estos años la inversión directa estadounidense que se duplicó (según datos oficiales mexicanos pasó, a precios corrientes, de unos 7 mil millones de dólares a casi 15 mil millones), cuando la inversión nacional privada y naturalmente la estatal se desplomaba. Sacó gran provecho — y lo sacará en el futuro cada vez que tenga la oportunidad— de los *swaps*, de las altísimas tasas de interés en ese periodo de acelerada inflación, como medio para meterse en la bolsa ganancias extraordinarias a costa de las mayorías asalariadas, así como de la especulación con valores y de las devaluaciones monetarias; afianzó los abastos más seguros de diversas materias primas y de petróleo para su reserva estratégica; “difundió” aún más su tecnología y estrechó vinculaciones con los *junior partners* mexicanos; se benefició del abaratamiento de la fuerza de trabajo y de la mayor potencia entre los trabajadores de sus empresas, para disciplinarlos e incrementar —como muchos congéneres de nuestro país— la intensidad de los procesos y las tasas de exportación, y es un receptor —*catcher*— principalísimo en la privatización de empresas hoteleras, mineras, aéreas y en variadas industrias, así como de 51 productos y las correspondientes plantas de la petroquímica básica que hasta 1986 fueron de PEMEX y por un acto de prestidigitación anticonstitucional administrativa (36 productos a fines de 1986 y otros 15 en 1989) dejaron de ser estratégicas o siquiera “prioritarias” y fueron reclasificadas como petroquímica secundaria, con destino a monopolios privados o directamente extranjeros como Dupont, Celanese, Monsanto y demás asociados a capitales mexicanos, derogándose así *de facto* la ley promulgada en 1958, reglamentaria del artículo 27 de la Carta Magna.

<sup>10</sup> Diario *Excelsior*, México, 27 de septiembre de 1989.

<sup>11</sup> *Ibidem*, 8 de agosto de 1989.

Para México, precisa insistir, queda el subdesarrollo, la dependencia aún mayor, más profunda, más envolvente, más apretada, más depredadora de su soberanía. Aunque no procede desarrollar aquí este tema, debo mencionar el impacto desculturizador de la dominación norteamericana, expresado en la adulteración de la vieja cultura nacional fruto de una larga historia de luchas, en la imposición de usos, hábitos, costumbres y modas por todas las vías, con o sin la mediación de los mexicanos ricos y de amplios sectores de las capas medias pequeñoburguesas, urbanas. Y desde luego el impacto ideológico-político de la propaganda y la publicidad promovidos no sólo por las trasnacionales, sino por el *propio Estado* estadounidense, que sin duda han tenido éxito en su propósito de mellar el nacionalismo, y alentar la egolatría, el consumismo y los prejuicios antisocialistas y anticomunistas entre grandes sectores sociales de nuestro país.

Como al conjunto de Latinoamérica excepto Cuba, para México 1982-1988 significó “una década perdida” en términos del producto interno bruto por habitante, se dice de manera general. Pero es más, mucho más, aun si, como es perfectamente posible en el capitalismo “neoliberal” —como en el Chile de Pinochet— se llegara a recuperar el crecimiento económico (aunque el gobierno de Salinas de Gortari, espera, según su Plan Nacional de Desarrollo, que en el sexenio no se alcanzará la tasa *histórica* de alrededor del 6 por ciento anual de incremento del PIB, sino sólo en los 2 últimos años del periodo de su gestión), sobre la base de las ahora reforzadas posibilidades de lucro del capital privado a costa de los obreros y las mayorías del pueblo trabajador, para impulsar el proceso de acumulación de capital.

La pérdida ya sufrida es mayor si se consideran las penalidades impuestas durante años al pueblo y la incierta y aun imposible restauración del poder de compra perdido por amplísimas capas de trabajadores de campo y ciudad, en el marco de un crecimiento demográfico alto y en el que una condición y objetivo de la política “neoliberal” es, precisamente, la de mantener los salarios lo más bajos posible. Considérese también el problema que plantea la necesidad acumulada, el mantenimiento diferido de la infraestructura y de concluir obras urgentes y realizar nuevas confiándolas ahora al capital privado, en una gran medida por el “adelgazamiento” del Estado. Considérese por todo ello las consecuencias del desempleo y el subempleo acumulados en estos años y la angosta perspectiva para que sean absorbidos en el futuro, cuando hasta 1981 y 1982 aquella tasa histórica de crecimiento cada año dejaba más desocupación, y

que en los próximos tiempos la acción monopolista alterará más y más la composición del empleo y los procesos de trabajo degradando progresivamente el de las mayorías asalariadas. Así, no parece viable el logro de una distribución del ingreso que revierta en favor de las mayorías la tremenda concentración o mejor dicho, la *reconcentración* acaecida en dicho ingreso durante el último septenio, cuyo reparto era ya muy injusto en el capitalismo mexicano y un reflejo de sus graves problemas sociales y económicos.

Considérese el significado de problemas ahora considerablemente agravados como el de la desnutrición, el de la vivienda, la contaminación y el daño ecológico; el de la morbilidad más alta de la población más pobre; el del renovado éxodo rural y del bracerismo “indocumentado”; el de la mayor criminalidad; el de la caída de la investigación propia en el país, aun la de urgente aplicación; el del deterioro de los niveles de educación que vuelve inaplazable y urgente una verdadera modernización democrática del sistema escolar y extraescolar.

Hay que reconocer que la pérdida ha sido mucho mayor sobre todo en términos históricos. En la presente década el proceso de subdesarrollo —o de “desarrollo del subdesarrollo”— de nuestro país durante los últimos ochenta años se ha ahondado y el abismo entre las condiciones socioeconómicas de México y las de su vecino norteamericano se volvió inzanjable (por ejemplo, con todo el desarrollo que propició la Revolución Mexicana y que fue tan relativamente estable durante casi medio siglo —1934-1981—, el resultado es que el producto interno bruto por habitante de México que en 1910 era tres veces menor que el de Estados Unidos,<sup>12</sup> en 1988 es ya 7 u 8 veces más bajo). Y ahora se pretende que por el camino conservador pero supuestamente nuevo del “neoliberalismo”, de aliento principalmente al capital trasnacional y al monopolista nacional, convertidos en “motores del desarrollo”, ese abismo se reducirá, sin que falten los que desean una mayor integración subordinada e incluso quienes sueñan con la fusión en el imperio y en convertirse en *chicanos* en su mismo suelo patrio.

<sup>12</sup> Cálculos con datos censales y estimaciones de la población de los dos países y los del PIB consignados, en el caso de México, en el libro de Leopoldo Solís, *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*. Siglo Veintiuno editores, México 1970, 1ª ed., y en los de EUA, del libro del Departamento de Comercio, *Long term economic growth 1860-1970*. Washington 1973.

### La absorción de México no es un hecho fatal

Resta una breve reflexión final. En las sin duda muy imperfectas consideraciones anteriores, me ha animado la convicción que el fundador de los estudios universitarios de Economía, el maestro Narciso Bassols, expresara en 1953, en un artículo que intituló "¡Nos deslizamos a la derecha!": "No debe importarnos tanto adivinar el porvenir como entender bien el presente y las fuerzas que en él actúan".<sup>13</sup> Es obvio, empero, que el empeño de ubicar en el marco histórico al cual pertenece un problema de la envergadura del de nuestras relaciones con Estados Unidos, en estos momentos tan difíciles tiene el propósito de aprehender los factores esenciales que desde el pasado conformaron nuestro presente —y "las fuerzas que en éste actúan"—, y que necesariamente se proyectan a un futuro en el cual la crisis actual, que tanto ha servido al fortalecimiento de la dominación del imperialismo norteamericano sobre México, con el decidido apoyo en éste de la clase en el poder, se hará sentir durante años y años, tanto en el plano internacional como en el nacional, con un eje central que gira en torno de las relaciones con Norteamérica.

Hay un hecho insoslayable: sexenio tras sexenio la clase gobernante mexicana hizo caso omiso de las advertencias nacionalistas, como las que Lázaro Cárdenas formuló en 1970 sobre la política de endeudamiento exterior en estos términos:

"Considero que de sostener el monto y el ritmo del endeudamiento externo que hace más de dos décadas se practican, se otorgaría innecesariamente una arma que perpetúa la dependencia ..."; "... sigue presente la indiscriminada penetración de capitales norteamericanos... que se realiza con el respaldo de una banca también subordinada a instituciones internacionales que, a su vez, representan a los principales inversionistas norteamericanos que aquí operan, complementando de esta manera el círculo vicioso que descapitaliza al país". "Hay que hacer la salvedad de que los préstamos europeos y asiáticos no revisten peligrosidad porque están lejos de establecer hegemonía ... y no lesionan nuestra soberanía como ha sucedido en varias instancias con la desmedida afluencia de capital norteamericano".<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Tomado de Narciso Bassols, *Obras*. Fondo de Cultura Económica, México 1964, 1ª ed., p. 509.

<sup>14</sup> "Mensaje póstumo —inconcluso— de Lázaro Cárdenas a las fuerzas revolucionarias de México". México, D.F., octubre de 1970. Tomado de *Palabras y documentos públicos de Lázaro Cárdenas. 1928-1970*. Siglo Veintiuno editores, vol. 3, México 1979, p. 295. El énfasis es nuestro.

Hoy las minorías mexicanas que detentan el poder económico y político, pretenden que la creciente subordinación de México en el sistema del capital transnacional sólo denota el desenvolvimiento de una también creciente interdependencia entre los dos países, en la que reside la clave del bienestar de los mexicanos. Incluso un *mister* Manuel Rocha, consejero político del nuevo y curtido embajador estadounidense John D. Negroponte, ha podido argumentar en un recinto de nuestra Ciudad Universitaria:

"Estamos viviendo momentos decisivos mundialmente" y "Ningún país puede actuar unilateralmente"; "Palabras como dependencia o dominación, aunque válidas para criticar otras etapas históricas, ya no sirven para analizar una realidad mucho más compleja como es la relación de interdependencia entre México y Estados Unidos".<sup>15</sup>

Lo más lamentable es que una voz tan expresiva de los "intereses vitales" y de la "seguridad nacional" de las transnacionales estadounidenses —él mismo un exlatinoamericano o acaso mexicano o de este origen—, encuentre tantos y tan convencidos oídos de un planteamiento que soslaya la realidad de hoy, y tantas voluntades dispuestas a desarrollarlo en la práctica, no sólo entre los personeros de la clase dominante, sino también en las capas medias e incluso segmentos de las populares y, por desgracia, aun de economistas que no aprendieron o por conveniencia olvidaron, las enseñanzas de nuestros maestros y niegan incluso que exista el *imperialismo* (o ven *dos* imperialismos, el real y el socialista), sin compadecerse con la realidad de que "el crecimiento de la idea civilizadora que rechaza las guerras de conquista", que también advertía Práxedes Guerrero desde 1908, no ha impedido el intervencionismo militarista norteamericano en todos los continentes, hasta los muy actuales episodios de Nicaragua, El Salvador o Panamá.

Los únicos intereses vitales y la única seguridad nacional puestos realmente en peligro con las actuales relaciones mexicano-estadounidenses son los de México. Los mexicanos convencidos de que un pueblo como el nuestro, digno de mejor suerte, que durante siglos ha mostrado su gran creatividad al dar vida a una cultura propia y singular, con capacidad de asimilar lo mejor de la cultura universal y que se niega a morir, y asimismo convencidos de que México tiene

<sup>15</sup> Tomado de *El Día*, 10 de junio de 1989.

aportes importantes que ofrecer a la humanidad como nación con una cabal independencia, que dé a sus hijos una vida digna, les asegure un futuro despejado y pueda desarrollar libremente toda su potencialidad, tenemos que esforzarnos más en la lucha por la sustitución de una interdependencia como la hoy existente, para que nuestro país deje de ser una parte más y más subordinada y el vecino el que dicta las reglas de la relación entre ambas en forma unilateral, no tanto respecto a la burguesía que las acepta sino respecto al pueblo y los intereses nacionales; sustituirla, digo, por una relación entre naciones independientes, firmemente apoyadas en lo que a nuestro país se refiere, sobre una genuina e indestructible soberanía popular, en la que las mayorías ejerzan una indiscutible hegemonía.

El tiempo vuelve imposible argumentar más sobre la disyuntiva histórica en que vivimos. Permítaseme limitarme a señalar la conclusión de que la hora nos obliga a comprender el hecho básico de que el imperialismo, el capital trasnacional y trasnacionalizador, es el rasgo fundamental en la realidad del México contemporáneo; que éste es un fenómeno interno apoyado por fuerzas internas y que como lo señalara enfáticamente Lázaro Cárdenas en 1961, el obstáculo principal que se interpone en un desarrollo mínimamente racional de Latinoamérica y México es el imperialismo norteamericano asociado y aliado con las oligarquías criollas en el poder.

Sin allanar ese tremendo y al parecer inamovible gigantesco escollo, seguiremos hundiéndonos en el pantano del subdesarrollo al que nos ha conducido un capitalismo cada vez menos nacional, pese a los indudables progresos que la Revolución Mexicana y el esfuerzo de nuestro pueblo contribuyeron a forjar.

Pero tan poderoso enemigo no es invencible. Así lo prueban las victorias recientes de numerosos pueblos, aun en nuestra América, en la América Latina, y en nuestras propias luchas nacionales del pasado. Hoy, como lo comprendiera en su tiempo un intelectual revolucionario como Práxedes Guerrero, el sistema trasnacional en el que Estados Unidos pierde paso a paso su ya larga hegemonía, está pletórico de contradicciones y afronta serios problemas nacionales e internacionales que limitan su capacidad intervencionista, algunas de las cuales fueron examinadas en nuestra Academia por otros compañeros. Precisa conocer mejor tales contradicciones. En ellas se puede y se debe actuar, como también sobre las que en nuestra nación se han abierto con la actual crisis económica y política y el despertar de vastas capas del pueblo.

No es necesario esperar a que en México se produzca un cambio radical para que las cosas empiecen a ser distintas. Estos son momentos en que las "Cartas de Intención" ceden el turno a las "Cartas de Entendimiento", como podrá apreciarse en la próxima cumbre presidencial entre los mandatarios de México y Estados Unidos a efectuarse en Washington dentro de unos pocos días, en la cual se dará un paso más hacia una mayor integración de nuestra economía y hacia la más o menos próxima o lejana incorporación formal de nuestro país como la parte dependiente y subdesarrollada, que cuenta con vastos recursos naturales y humanos que explotar, al Mercomún Norteamericano. Por ello es imprescindible que nuestro pueblo y nosotros mismos entendamos que la "completa absorción" de México "en la ambiciosa corriente del imperialismo del Norte", no es un hecho fatal si nuestro pueblo se une, organiza con autonomía y actúa con claridad de propósitos y con decisión para conquistar un distinto destino.

Una fundamental cuestión es que se comprenda que el crítico camino que hoy se transita tiene una salida previsible: la recuperación del crecimiento económico, pero ahora cada vez más dependiente de los trasnacionales asociados a los capitalistas mexicanos más fuertes, con más maquiladoras, más turismo y otros servicios; con más exportaciones e importaciones; con más producción y una tecnología encaminadas no a la satisfacción de demandas básicas de las mayorías de consumidores y aun de productores, sino a la ganancia de ese capital; con un Estado dedicado centralmente a mantener la infraestructura y algunos servicios sociales sin verdadera fuerza ni capacidad para responder ante problemas, como por ejemplo, el de un mayor desempleo estructural y la creciente desigualdad entre los asalariados con empleo.

Que los muchos sepan que existe otro camino por el cual vale la pena luchar: el que busca apoyarse en el bienestar de la población, en mejores salarios como base del incremento de la productividad, por lo tanto en un mercado interno más firme, en un proceso que conduzca al mejor aprovechamiento del ahorro nacional y que reduzca al mínimo el despilfarro de recursos, que se proponga defender la cultura nacional y los recursos naturales e imponer una explotación racional de los mismos, que rompa con el bilateralismo —tan conveniente a los acreedores— y juegue el papel tan importante que una nación como la nuestra puede desempeñar al lado de otros países deudores, subdesarrollados, también condenados a pagar los costos más graves de la

crisis actual del sistema, con una creciente integración hacia Latinoamérica y el "Tercer Mundo". Tal es el camino del rescate de la soberanía nacional y popular.

Este es el problema sociopolítico fundamental de la hora. La creación de esa conciencia como un elemento indispensable de la lucha organizada del pueblo mexicano por modificar a fondo nuestra realidad, es una tarea –lo creo firmemente– en la que los economistas y otros científicos sociales que se saben parte del pueblo y se esfuerzan por desentrañar la realidad, y con un carácter plural e independiente nuestra propia Academia, pueden participar creadora y honrosamente.